

“Se trata de vivir”

Por: Óscar Hernández M.*

Nada más peligroso que dejar el espíritu abandonado a la sequía que nosotros mismos le proporcionamos. El alma que pierde sus apoyos, sus sitios de respiración constante, necesita de nuevas fuerzas. No hay ninguna razón que se oponga, por ejemplo, a cambiar el amor que desaparece, por el aprendizaje de la encuadración. Cualquier cosa hecha con la totalidad de nuestro entusiasmo, nos llena, nos completa. No se trata de complementos, baños tibios para la desesperación, sino de curas radicales.

Es bueno hablar de esto para mostrar a la gente la inutilidad de los suicidios, el alcoholismo, la temeridad para encontrar la muerte. En los últimos años la humanidad se ha dedicado a los barbitúricos, los compuestos para matar ratas, y los totes. Todo porque una jovencita de trenzas se casó con el lechero, o porque una madona de noventa kilos huyó con un cultivador de ñame. Tampoco son extraños los casos de jóvenes que se lanzan por un abismo, se agujerean la cabeza o intentar subirse al tren por la parte de abajo.

Estos son otros tiempos. Son épocas en las que se debe aplicar, sin pérdida de segundos el viejo aforismo: a rey muerto, rey puesto. Aunque los reyes de ahora sean únicamente muchachos de barrio, choferes o señores de oficina. ¿A qué tanto alboroto espiritual porque algo se acaba como se acaba cualquier cosa? ¿Acaso como último consuelo no tenemos la certidumbre de la muerte y la existencia de los cines, los libros, los toros, el fútbol? Llorar es un deporte viejo. Los ojos de este siglo se hicieron para mirarlo, verlo avanzar, asombrarse con sus maravillas.

Esto como consejo para cuando el mejor de los sueños se ha ido a pique. De continuar aun con las maravillas de lo que amamos ante nosotros, lo aconsejable es vigilarlo, cuidarlo, hacer de eso nuestra vida. Claro, sin olvidar que un día perdemos todo y solo quedaremos en posesión de nosotros mismos, con nuestros afanes fallidos y toda nuestra esperanza convertida en un atado de sombras. Y, llegado este momento, es cuando necesitamos las viejas fuerzas que hemos depositado en el corazón. Nadie podrá sorprendernos entonces, porque la suerte estaba conocida de antemano.

De todos modos, lo importante para el hombre es saber que está librando su derrota y no quejarse de ello. No se trata de una batalla. Las batallas entrañan el azar de la victoria. La vida del hombre es el conocimiento de la retirada. Sabida esta circunstancia, no hay el más lejano motivo para morir antes de que nos maten. Se trata de vivir, vivir con todas las

fuerzas, contra todos los enemigos, frente a todas las posiciones. Nadie va a pagarnos en ninguna moneda las tragedias que nos fabriquemos. La defensa corre de cuenta nuestra, así como el sabor de la vida es cosa que le concierne a cada cual.

¿Por qué, me pregunto, la gente se mata? ¿Por qué lloran debajo de las sábanas? ¿Por qué averiguamos el color de cada pena en lugar de buscar el tono de cada alegría? Sufrir es un signo de debilidad. Lamentarse es el comienzo de un feo empequeñecimiento. Este tiempo no acepta los llantos sino las exultaciones. No soportamos los ojos arrasados sino las frentes levantadas. La pena está escrita en todas las piedras desde los primeros hombres. No es cosa nueva y nadie puede asombrarse de que le llegue su turno. Ni asombrare ni ser cómplice de esta antigua cadena de lamentaciones. La muerte existe, es cierto, pero mientras podamos afirmarlo, estamos rotundamente vivos.

Entonces se podría decir que hay un momento de la vida en que ya no se puede, en que las espinas que nos rodean son más altas que nuestra estatura y más larga que todas las arterias que nos cruzan. Pero ese, digo yo, es el gran momento de la vida. En tal trance llega lo mejor de la existencia. Cuando las cicatrices no dejan ver nuestro rostro, ya no tenemos ante quien presentarnos. Cuando lo que nos han hecho rebasa la medida de lo soportable, ha llegado el segundo de la felicidad sin par. En ese justo sitio de nuestro ir y venir por el mundo, hemos perdido todos los compromisos. Esta pérdida total de lo que nos rodea, nos trae algo que no se puede comprar sino a precio de sangre: la maravillosa libertad.

¿Maravillosa libertad? Justo así se llama ese derecho a caminar descalzo, comer manzanas en la calle, ser comunista, tory, arrodillarse en chilena a rezar ante una piedra y no saludar a los señores honrados e importantes. Esa libertad que nos permite reír de las hormigas, acariciar las patas de los elefantes, trabajar, dejar de hacerlo y amar en la medida en que no atenten con el paso liberado. La que nos permite leer a Homero o dedicarnos, de una vez por todas, al oficio de encuadernadores para empastar las obras completas de Buffalo Bill y Sherlock Holmes. Esa seguridad que nos hace sentir sobre la tierra como unos minúsculos dioses llenos de miseria, pero capaces de saborear un nuevo beso sin sentir el horror de los enamorados. El derecho a decir No, Sí, te quedarás conmigo. Adiós. O unirse a otra libertad que desconozca las fronteras. Y, sobre todo, ser capaz de dejarse mirar como una obra limpia y nueva. Un ser de estreno.

*Tomado de: Hernández, O. El día domingo y Poemas en Paz. Sílabas editores. Colombia, 2017. Páginas 66-68.